

¡Malvados! No les movía á hablar así el interés público, sino el descrédito en que iban á verse con la reputacion y los milagros del Salvador; pero no se atrevían á confesar este interés personal, y trataban de cubrirlo con el velo del bien público. Salió fallido empero su cálculo, y fueron víctimas de todos los males que aparentaban recelar, no por haber reconocido á su verdadero Rey, sino por su obstinacion en desconocerlo. Adoptando su falso razonamiento, uno de los jéfes del Consejo, Caifás, sumo pontífice en ejercicio aquel año⁴, tomó la palabra y expresó su opinion en estos términos: Teneis razon; ¿no veís que es interés vuestro que un solo hombre muera por el pueblo para que no perezca toda la nacion? Así pues, Caifás no hacia mas que confirmar lo que acababa de decirse y lo que se habia pretendido hacer temer de la venganza de los Romanos. Su parecer se atrajo todos los votos, y se decidió unánimemente dar muerte á Jesús de Nazareth. Al decir Caifás que convenia que un solo hombre pereciese para salvar á todo el pueblo, expresaba sin saberlo una profecía por la cual se anunciaba que el Hijo de Dios hecho hombre debia ser sacrificado en vez de todos los hombres. El fallo pronunciado por los miembros del Consejo no era menos injusto, y en su odio ciego solo pensaron en apresurar su ejecucion.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador cuya bondad se extendió á todas las necesidades y á todas las edades; conservad en mí la inocencia y el candor de la infancia, ó si tuviere la desgracia de perderlos, recibid con bondad, ó tierno Pastor mio, á vuestra oveja descarriada.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, voy á evitar todo lo que podría escandalizar á los niños.

⁴ Para entender estas palabras del escritor sagrado, que era el sumo pontífice de aquel año, es preciso recordar que Anás y Caifás eran ambos sumos sacerdotes y que lo eran para toda su vida, pero lo ejercían alternativamente. El que entraba en el *Sancta Sanctorum* en la fiesta de la Expiacion era el pontífice del año corriente; de modo que los miraban como dos pontífices alternativos, no en cuanto á la dignidad que jamás perdían, sino en cuanto á su ministerio que sucesivamente ejercían.

LECCION III.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS. — AÑO TERCERO.

Cúmplense las profecías. — Perfume derramado. — Murmuraciones de Judas. — Entrada en Jerusalem. — Celos de los Fariseos. — Lágrimas del Salvador. — Vaticinio sobre Jerusalem. — Óbolo de la viuda. — Pureza de intencion. — Nuevas murmuraciones de Judas. — Su traicion.

El Consejo que acababa de condenar á muerte á Jesús de Nazareth se componia de todos los hombres de reputacion por su ciencia y por su sabiduría que habia en Jerusalem. Fueron altamente culpables; pero la misma nacion no fué digna de excusa cuando se dejó llevar por la ceguedad de sus pontífices y la furia de su contumaz Sinagoga. Alzábase sobre su autoridad otra mucho mas imponente y que era imposible desconocer: era la autoridad de las obras de Jesús, testimonio divino que debia sojuzgar todos los ánimos. Por otra parte, segun los oráculos mismos de los Profetas, era preciso creer que el Cristo seria desconocido por los príncipes de su pueblo, y condenado á muerte por el senado de su nacion; y los violentos medios de la Sinagoga contra su verdadero Rey, previstos y vaticinados como una de las señales con que debia reconocérsele, no formaban, por consiguiente, un errado juicio contra la mision de Jesucristo.

Además, Dios no habia omitido nada para que la mision de su Hijo fuera tan evidentemente creible, que ni pudiera parecer dudosa ni sospechosa á los hombres de recto corazon y de buena voluntad.

Efectivamente, Jesús habia venido al mundo en la época precisa en que se esperaba al Mesías: habia nacido en Belen, de la familia de David, de una Madre siempre virgen, segun el vaticinio de los Profetas; mas de treinta y dos años hacia que solo se dedicaba á perfeccionar todos los dias en su persona el retrato completo del Cristo con su doctrina, su santidad, sus milagros y el cumplimiento literal de las profecías que tenian relacion con su mision divina. Sin embargo, aun no se habia terminado todo, y nos falta verle consumir la prueba que la resurreccion de un muerto de cuatro dias acababa de elevar á tan alto grado de evidencia.

El rasgo decisivo era la muerte del Cristo en la cruz, decretada por la Sinagoga, sufrida de mano de extranjeros, acompañada de circunstancias previstas y verificadas despues de los tres dias de su resurreccion gloriosa, y coronada por su ascension á la derecha de su Padre: era la señal del profeta Jonás, que el Salvador citaba siempre á los

incrédulos de su nacion. Porque si despues de un nacimiento semejante al de Jesús, seguido de una mision tan milagrosa ; si despues de una vida de treinta y tres años tan santa y tan sostenida ; si este Jesús, repito, es clavado en una cruz y muere precisamente del modo que él mismo lo ha anunciado tantas veces en corroboracion de antiguos oráculos ; y si despues de su muerte resucita el dia que públicamente ha designado, es preciso, por mas que diga la incredulidad, que sea lo que dice, el Cristo y el Hijo de Dios.

Todo se preparaba rápidamente para esta demostracion sin réplica. El Salvador partió de Betania despues de la resurreccion de Lázaro, y se retiró á la ciudad de Efren, situada á diez y ocho horas de Jerusalem. Acercábase la fiesta de la Pascua, y de todas partes se dirigian en tropel á Jerusalem para solemnizarla. Jesús se dirigió tambien á esta ciudad, que pronto iba á mancharse con la sangre de su Rey, de su Cristo y de su Dios. Volvió á pasar por Betania y se paró en la casa de Lázaro. Al momento se tuvo noticia de su llegada, y un gran número de judíos fueron de Jerusalem no solamente para verle, sino tambien para ver á Lázaro resucitado despues de cuatro dias de sepultura. Diéronle una cena en la cual María, hermana de Lázaro, dió muestras de su tierno amor hácia el Salvador. Cuando Jesús se sentó á la mesa, se acercó á él, derramó sobre sus piés un perfume de exquisita esencia, los enjugó con sus cabellos, y toda la casa se llenó al momento del olor del perfume.

El traidor Judas Iscariotes, que dentro de pocos dias debia entregar á Dios á sus enemigos, y que era aun uno de sus Apóstoles, tuvo mucho que criticar en la piadosa liberalidad de María. ¿ Por qué no se ha vendido, dijo, un unguento de tal valor ? Se hubieran sacado trescientos denarios, y podrian haberse dado á los pobres.

Esta clase de advertencias, que se renuevan aun en el dia entre los Cristianos, con motivo de las liberalidades de las personas piadosas para la magnificencia del culto público, son con mucha mas frecuencia el lenguaje de una secreta irreligion que el de una caridad bien sincera. No se reprende en favor de los pobres el fausto de sus casas ó el lujo de sus adornos, y dicen que si ven con pesar enriquecidos los altos, es por el alivio de los miserables.

Judas hablaba, pues, de este modo, no porque se interesara por los pobres, sino porque era avaro y ladrón, y depositario de las limosnas que el Salvador recibia para su subsistencia y la de sus discípulos. Á pesar de que Jesús sabia el secreto motivo de las murmuraciones de su codicioso discípulo, no reveló sin embargo el crimen oculto de Judas para justificar la inocencia de María. Déjala, le dijo, que riegue hoy mis piés con un unguento exquisito, y no tomes á mal que lo haya guardado para mi sepultura⁴ ; porque siempre ten-

⁴ Estando próximo el término de la muerte de Jesús, al esparcir María sobre

dréis á los pobres con vosotros, mas á mí no me tendréis siempre.

Habiendo sabido un gran número de judíos que Jesús estaba en casa de Lázaro, acudieron allí en tropel y creyeron en él. Desesperados los príncipes de los sacerdotes de los progresos de la fe, determinaron cortar de un solo golpe todas sus raíces ; Lázaro resucitado y mostrándose á quien verle quisiera á las puertas mismas de Jerusalem les pareció un testimonio demasiado imponente y propio para persuadir, y resueltos ya á dar muerte á Jesús, decidieron tambien deshacerse de Lázaro.

Tan violentas resoluciones anunciaban un acontecimiento decisivo ; ya no se reparaba en los medios. El poderoso partido que dominaba en Jerusalem, los Escribas, los Fariseos, los Doctores de la ley, los pontífices y los príncipes de los sacerdotes, forzosamente debia lograr sus designios, á no ser que Jesucristo se resolviera á desbaratarlos por medio de un milagro. Podia hacerlo fácilmente ; pero estaba bien distante de tal pensamiento, y únicamente les quiso probar que si se entregaba algun dia en su poder, era porque así lo queria.

Al siguiente dia de su llegada á Betania, y no debiendo pasar en la tierra mas que cinco dias, resolvió ir á mostrarse públicamente en la capital, y hasta quiso entrar en ella en triunfo y con una pompa tan propia para reanimar el valor de sus discípulos, como para hacer ruborizar á sus enemigos. Así pues, el milagro mas sorprendente, y tal vez el mas notable que hizo entonces, consistió en conservar en medio de tanto furor y tanta maquinacion su libertad, su independencia y su autoridad completa para obrar, hablar y dar órdenes, y en suspender la tempestad y sostenerla sobre su cabeza hasta el momento preciso que su Padre habia abandonado á la potestad de las tinieblas.

Partió de Betania acompañado de todos sus Apóstoles en la feria primera, que corresponde á nuestro domingo ; se adelantó con ellos hasta las cercanías de una aldea llamada Betfagé, muy inmediata á Jerusalem y situada en la falda del monte de los Olivos, y al llegar á este sitio llamó á dos de sus Apóstoles y les dijo : Id á la aldea que veis allí delante ; hallaréis al entrar en ella una asna con su pollino, el cual nadie ha montado : desatadla y traédmelos. Y si alguno os dijere alguna cosa, respondedle tan solo que el Señor los ha menester, y luego los dejará.

Así pues, el Salvador manifestaba ser el Hijo de Dios, dueño de disponer de los corazones y bien enterado de sus resoluciones libres y futuras, aun en los mas insignificantes acontecimientos. Los dos Apóstoles fueron á la aldea, encontraron la asna y el pollino como les habia anunciado Jesús, y los desataron sin decir nada á nadie. Causó

él este bálsamo, cumplia de antemano con un deber que la piedad y la costumbre exigian que se prestase á los muertos antes de enterrarlos, como si ella hubiera previsto que no podria hacerlo despues de la muerte del Salvador.

grande sorpresa una accion tan extraordinaria y llevada á cabo públicamente por hombres que parecian prudentes y obraban con sangre fria. ¿Por qué desatais ese pollino? preguntaron sus dueños. Porque el Señor lo necesita, respondieron únicamente los dos Apóstoles. Nada les dijeron entonces, y se llevaron la asna y el pollino á donde estaba el Salvador, sin entender lo que aquello significaba.

Pero su divino Maestro no hacia nada sin poderosas razones, pues debia, como Mesías, cumplir en su persona todas las Escrituras. Hizo, pues, esto para ejecutar lo que habia sido anunciado de él por el profeta Zacarías: Decid á la hija de Sion: Hé aquí tu Rey que viene manso para tí, sentado sobre un pollino. Los Apóstoles pusieron sobre él sus vestidos, é hicieron sentar encima á Jesús.

En un país en que estas monturas habian sido indiferentemente usadas por ricos y pobres, el tren en que aparecia el Salvador no era ni excesivamente humilde ni suntuoso, pues deseaba que en aquel dia le reconociera su pueblo por su Rey pacífico, y entrar en su capital como los antiguos jueces ó jefes de Israel.

Apenas dieron algunos pasos hácia Jerusalem, cuando vino al encuentro de Jesús una gran multitud que esperaba, ya en la ciudad, ya en las cercanías, el dia de la gran festividad de Pascua. El triunfo de su marcha comenzó, por decirlo así, al bajar del monte de los Olivos; unos se quitaban su ropa para tenderla por el camino, otros cortaban ramos de árboles y cubrian el suelo por donde habia de pasar, y todos á la vez empezaron á ensalzar á Dios, y resonó el aire con estas aclamaciones: ¡Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor: hosanna en las alturas!

Cuando los Fariseos vieron este triunfo y este entusiasmo universal, se dijeron entre sí: Ya veis que nada adelantamos y que todos corren hácia él. Fatal era el contratiempo, y la ocasion poco á propósito para favorecer una violencia, y por consiguiente indujeron á algunos de ellos á que se mezclasen entre la multitud, y estos tuvieron el atrevimiento de dirigirse al mismo Salvador. Maestro, le dijeron, manda á tus discipulos que se contengan. Aunque callaran, respondió Jesús, las mismas piedras hablarian por ellos. Sus discipulos callaron, en efecto, cinco dias despues cuando por la muerte del Salvador huyeron y le abandonaron; pero entonces hablaron las piedras, y haciéndose pedazos publicaron en su lengua la divinidad del Hijo del Hombre. Entre tanto las aclamaciones fueron en aumento, y los celosos sufrieron toda la pena que les causaban.

¿Qué hacia Nuestro Señor en medio de la general alegría? Lloraba. Sí, aquel divino Triunfador mezcló sus suspiros con la alegría pública, y regó con sus lágrimas el verde follaje con que habian cubierto el suelo por donde pasaba. Cuando llegó á la vista de Jerusalem, dirigió los ojos á aquella gran ciudad que amaba como la parte principal

del campo que su Padre le habia confiado, y lloró sobre ella. Sabia que antes de pocos dias iba á poner el colmo á sus crímenes con la maldad mas terrible, la muerte de su Mesías, y despues, en un porvenir poco lejano, veia caer sobre ella todas las calamidades, y convertirse la reina de las ciudades en un monton de cenizas bañadas con la sangre de sus ciudadanos.

Conmovido con tantos males, dijo suspirando: ¡Ah! si al menos en este dia, que aun lo es de gracia para tí, hubieras sabido conocer las cosas que eran capaces de darte la paz y la salud que te trae tu Salvador; pero no, todo esto queda oculto á tus ojos! Y hé aquí que vendrán dias contra tí en que tus enemigos te cercarán en torno de tus murallas; te encarcelarán y te apretarán por todos lados; te arrojarán por tierra á tí y á los hijos que están en tu seno, y no dejarán piedra sobre piedra, porque no has sabido conocer el tiempo en que fuiste visitada.

¡Terrible vaticinio, acompañado con las lágrimas de un Dios, que se ejecutó al pié de la letra cuando aun no habian transcurrido cuarenta años!

Acababa el Salvador de hablar cuando llegó á Jerusalem, y apenas entró, toda la ciudad se puso en movimiento. Decian: ¿Quién es este? Y el pueblo respondia: Es Jesús, el Profeta de Nazareth en Galilea. El Salvador se dirigió al templo, donde curó á los ciegos y los cojos que se presentaron.

Mientras enseñaba á la multitud y suplicaba á su Padre que se glorificase con sus humillaciones y dolores, se hizo oír una voz del cielo que decia: Ya he glorificado mi nombre, y lo glorificaré mas: es decir, he sido honrado en tí, Hijo mio, con la obediencia que me has prestado, y lo seré aun mas por la que vas á prestarme. La voz de Dios, descendida con gran fragor, llenó de espanto á cuantos la oyeron; unos decian que era el trueno que habia bramado, y otros que era un Ángel que habia hablado á Jesús. Esa voz, respondió el Salvador, no ha bajado del cielo para mí, sino para vosotros. Sabed que se acerca el juicio del mundo, y que el príncipe de él va á ser arrojado. Palabras eficaces que anunciaban la ruina de la idolatría.

Al espirar el dia, el Salvador salió de Jerusalem y fué á pasar la noche á Betania. Al dia siguiente volvió á entrar en la capital, suprimió algunos abusos que reinaban en el templo, echó en cara á los Fariseos sus crímenes y su incredulidad, y anunció otra vez la ruina de Jerusalem. Estando despues sentado enfrente del tesoro, miraba como el pueblo arrojaba en él dinero, y que varias personas lo depositaban en gran cantidad. Despues de ellas vino una pobre viuda que con mano tímida solo depositó dos pequeñas monedas de escaso valor. Tan insignificante accion sirvió de ocasion al Salvador para dar una de las mas sublimes lecciones que contiene el Evangelio. Habiendo

llamado á sus discípulos, les dijo: En verdad os digo que esta pobre mujer ha dado mas que todos los que han echado en el tesoro. ¿Cuál es pues, Dios mio, el valor de la pureza de intencion y de la caridad?

Dirigió nuevamente á los Judíos los discursos mas eficaces y las parábolas mas interesantes ó mas terribles para inducirles á que se convirtieran, y á precaver los males que les amenazaban. Todo fué inútil, al menos para los Escribas y Fariseos: ¡tan poco recurso deja el abuso de la gracia y del talento! Habiendo salido de Jerusalem con sus discípulos, se sentó en la falda del monte de los Olivos desde donde se descubrian la ciudad y el templo. Anuncióles entonces la ruina completa de la una y del otro, así como el fin del mundo y las circunstancias del juicio final, y despues les confortó contra las persecuciones que debian padecer.

El Salvador dió fin á todos estos discursos diciendo á sus discípulos: Sabeis que la fiesta de Pascua tendrá lugar dentro de dos dias, y que el Hijo del Hombre será entregado en poder de los gentiles para ser crucificado. Al dia siguiente le convidó á comer un habitante de Betania, llamado Simon, que tenia por sobrenombre el Leproso. Mientras estaba en la mesa se le acercó una mujer que llevaba en la mano un vaso de alabastro lleno de extracto de nardo de gran valor y de excelente perfume, que derramó sobre la cabeza del Salvador. Judas en una ocasion semejante habia dado un mal ejemplo que siguieron en esta algunos de sus Apóstoles. ¿Para qué se han de perder, dijeron, sin fruto cosas tan preciosas? El Salvador dió la misma respuesta, y únicamente añadió estas palabras proféticas: En verdad os digo, que en todas partes donde se predique mi Evangelio, y lo será en todo el universo, se hablará con elogio de esta accion y de la que la ha hecho. Nadie lee en el mundo la historia de la Pasion de Jesús, sin que apruebe al mismo tiempo la religiosa prodigalidad de la mujer de Betania en casa de Simon el Leproso.

Judas Iscariotes se hallaba en la comida como los demás discípulos, y oia como ellos lo que Jesucristo anunciaba: devorado por la avaricia, estaba descontento, porque veia con pesar que se desvanecian las ocasiones de un lucro sórdido al cual aspiraba; y como sabia con cuánta afan deseaban los pontífices, los sacerdotes y los príncipes del pueblo tener á Jesús á su disposicion, creyó que nunca hallaria mas breve y mas seguro camino de enriquecerse que poniendo su ministerio á servicio de la pasion de aquellos malvados.

Tan culpable codicia abrió al demonio la entrada de su corazon; apoderóse de él el espíritu infernal, y Judas salió, se dirigió á Jerusalem, y se presentó á los príncipes de los sacerdotes y á los magistrados para ponerse con ellos de acuerdo sobre los medios de entregarles á su Maestro. ¿Cuánto quereis darme, les dijo, y os le entregaré? La proposicion de Judas no era creible, y parecia espantosa en una per-

sona de su carácter; pero los interesados no arriesgaban nada en acceder, y la recibieron con grandes demostraciones de alegría. Te daremos, respondieron, treinta monedas de plata. La cantidad era muy módica; era el precio justo que, segun la ley, se daba por la vida de un esclavo. Judas accedió, y volvió á Betania poseido de su demonio, pero tan tranquilo en la apariencia como si de nada tuviera que acusarse. Sin embargo ya no pensaba mas que en llevar á cabo su traicion; y para que el buen éxito no se frustrase, espiaba el momento en que alejado Jesús del pueblo que le honraba como el enviado de Dios, estuviera sin defensa contra sus enemigos.

El Maestro y los discípulos pasaron juntos la mayor parte del dia sin que el Salvador, que veia á su lado un miserable coligado contra él con la Sinagoga, pareciese concebir la menor sospecha de su punible intriga, ó que el traidor se manifestase embarazado en la presencia de un Señor vendido á precio vil, cuya divina inteligencia conocia, y cuya justicia debia temer. Mas ¡ay! cuando se perpetraron los enormes crímenes con tal audacia, ¿qué punto sensible queda abierto á la gracia del arrepentimiento?

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador cuya tierna compasion para con los pecadores le hacia verter lágrimas sobre la ingrata Jerusalem que pronto debia condenarle á muerte. Dadme la gracia de que yo mismo llore sobre mis pecados.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero que todas mis acciones sean hechas con gran pureza de intencion.